

PLUMA y LAPIZ



NÚM. 84





PLANTA EXÓTICA

SONETO

¿Te acuerdas, dime, celestial Alberta,
de unas ricas en galas y en olores
rosas, que, en días para mí mejores,
cultivé, á su cuidado siempre alerta?

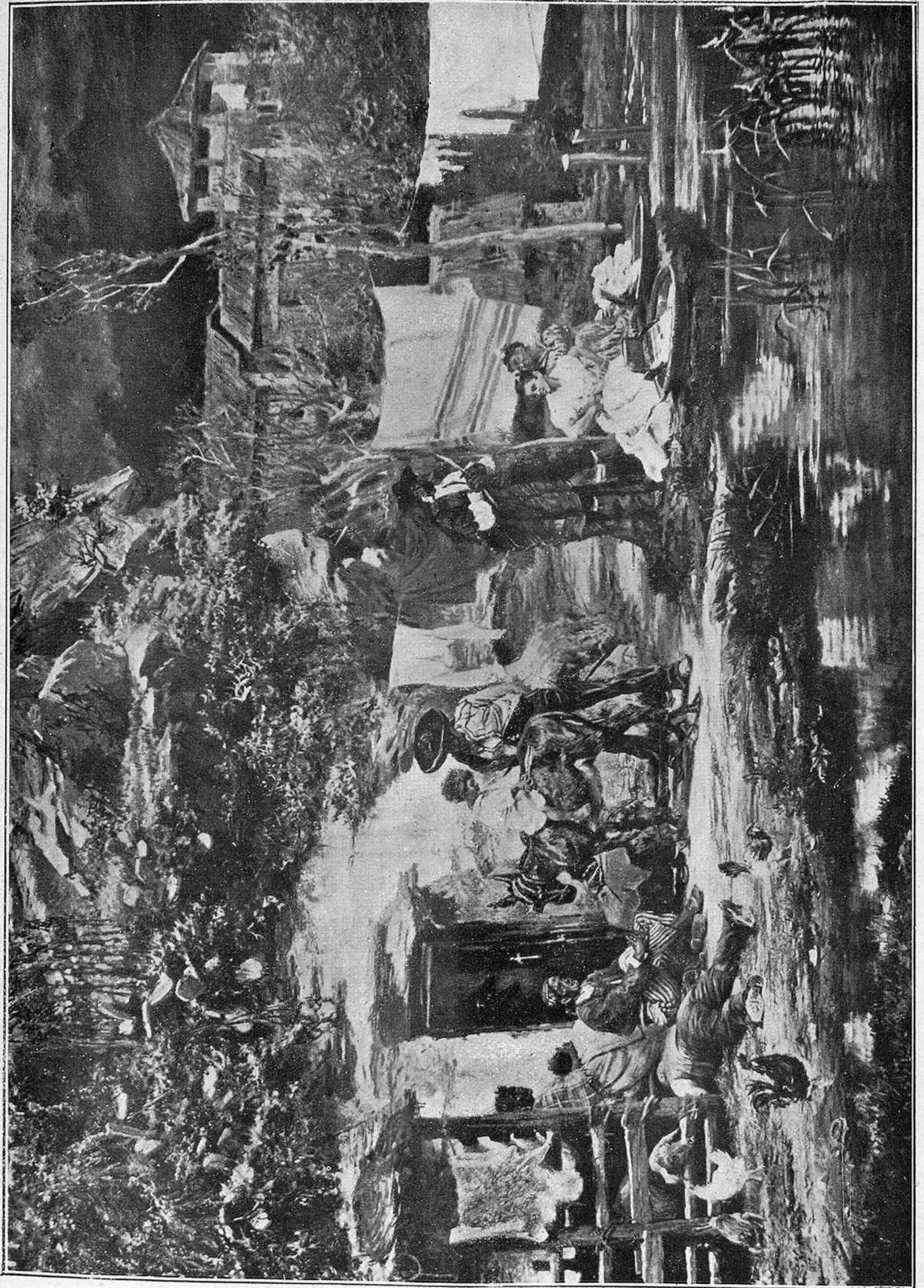
Muerto el amor y la esperanza muerta,
la historia ignorarás de aquellas flores
que, en prueba de mis púdicos amores,
en tu seno prendí con ansia incierta.

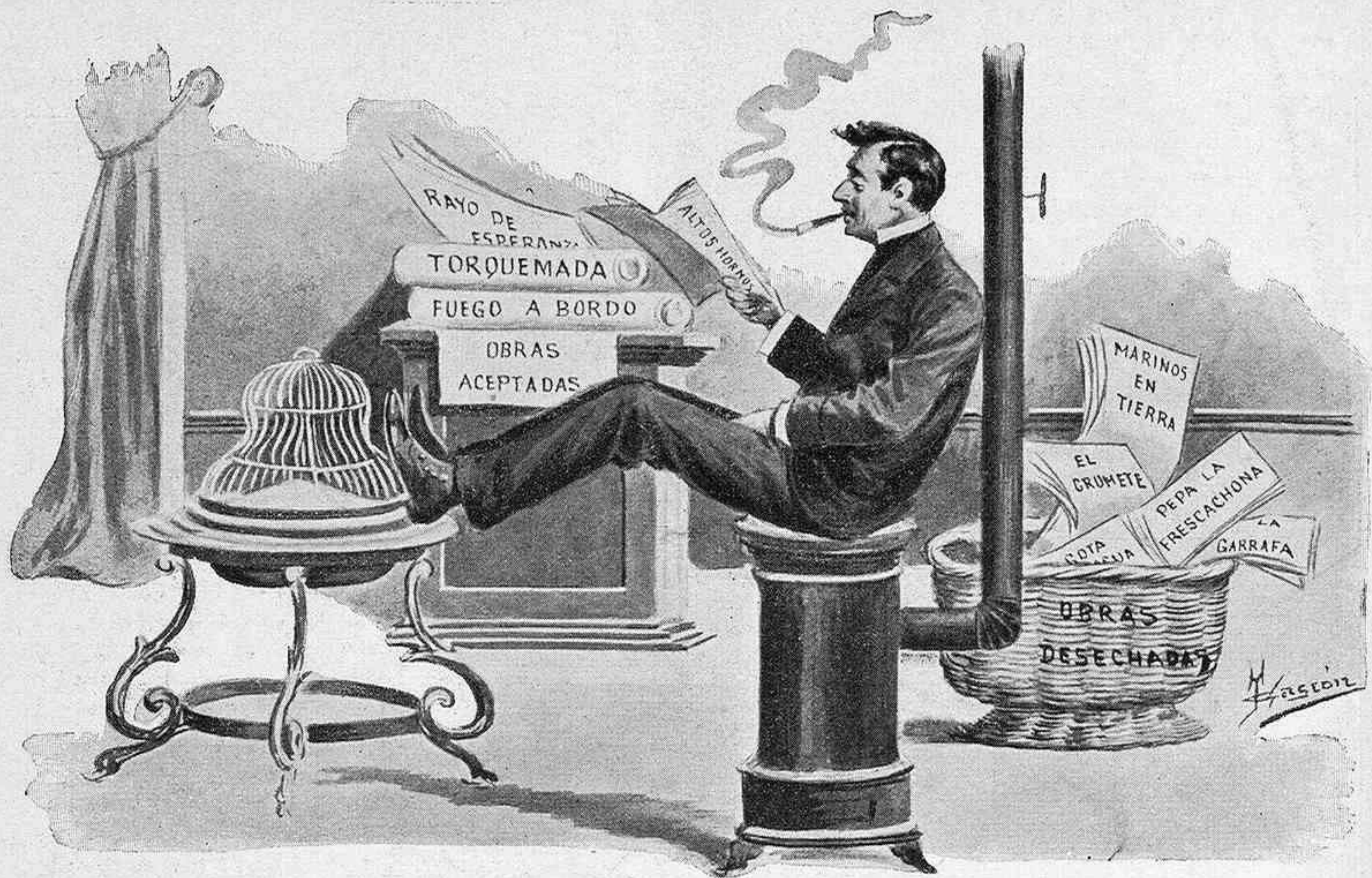
Esas flores que traje á la memoria
contra Natura en batallar deshecho,
fueron, por transiciones sucesivas,

entre otras rosas del pensil, la gloria;
violetas en la tumba de tu pecho;
y en mi alma de bardo, siemprevivas.

A. HERNÁNDEZ Y CID

Orla de MARTÍNEZ PADILLA.





EL HOMBRE FOGOSO

Nació Lorenzo Tizón al lado de un horno el 10 de Agosto de mil ochocientos y tantos, día tan caluroso que el mercurio de los termómetros, burlándose de todos los grados de la columna, se había escapado por arriba.

El abuelo de Tizón fué carbonero.

El padre comenzó vendiendo cerillas y acabó estableciendo una fragua.

Lorenzo picó más alto. Fué actor.

Y actor que, sintiendo en su cabeza la llama del genio, siempre ardía en deseos de conquistar aplausos calurosos.

Pero se guardaba muy bien de representar obras como *Marina*, *Con el agua al cuello*, *La bola de nieve*, *¡Agua va!*, *Noticia fresca*, *Al agua patos*, *Los baños del Manzanares*, *Cuadros al fresco* y *Champagne frappé*.

En cambio formaban su repertorio *El fuego de San Telmo*, *Los carboneros*, *Lucifer*, *Sol de invierno*, *El haz de leña*, *Jugar con fuego* y otras obras igneas.

¿Y saben ustedes por qué rechazó dos buenas contrataciones? Por no querer trabajar con la Nieves Suárez, ni con la Nieves González.

El pelo de Lorenzo es rojizo; parece dorado á fuego.

Su tubo digestivo es enteramente el tubo de una chimenea.

Que es hombre de muchos humos nadie lo pone en duda.

Al mismo tiempo es tan susceptible, que se quema por todo y sale de todas partes echando chispas. ¡Arma cada cisco!...

Y todo para tener el gusto de que vengan los guardias un día y le prendan.

No ha prendido fuego á su casa porque comprende

que es un delito; pero admite criadas descuidadas para ver si ellas lo prenden involuntariamente.

—Yo le he oído sostener diálogos como el siguiente, al recibir una criada:

—¿Cómo se llama usted?

—Encarnación Tostadillo.

—Muy bien. ¿De dónde es usted?

—De Cienfuegos.

—Perfectamente. ¿Ha tenido usted madre alguna vez?

—Sí, señor; soy hija de una *cartuchera*.

—¿Qué dice usted?

—Que madre hacía cartuchos, con mi padre, que es polvorista.

—¿Bravo! ¿Y sabe usted guisar?

—No, señor.

—¿Y encender la lumbre?

—Sí, señor.

—Pues eso basta. Queda usted recibida.

En cambio, un día rechazó á otra infeliz, después del siguiente interrogatorio:

—¿Su nombre de usted?

—Nieves.

—(¡Malol!) ¿Su apellido?

—Páramo.

—(Peor). ¿De dónde es usted?

—De Riofrío.

—(¡Uf!) ¿Tiene usted padres por casualidad?

—Sí, señor. Esplotan un aguaducho.

—(¡Qué horror!) ¿Y tiene usted novio?

—Sí, señor. Es bombero.

—¿Bombero, eh? ¡Basta! Lárguese usted.

—¿Por qué?

—Porque los bomberos apagan los fuegos y yo no puedo apadrinar semejante barbaridad.

Tizón va á los toros cuando huele que el ganado ha de ser flojo; porque sólo se divierte con banderillas de fuego.

No tiene perro, gato, ni loro. El único animal con quien podría transigir sería una llama.

Lorenzo se casó con la hija de un estufista, después de haber tomado con gran calor las relaciones.

¡Como que su pecho era un volcán!

Por cierto que tiene una suegra terrible.

Pero Tizón la tolera, porque en ella ve siempre la *tea* de la discordia y con esto y con las miradas incendiarias que le suele dirigir, vive contento el hombre.

Conmigo no hace buenas migas. ¿Saben ustedes por qué? Porque tengo la voz *japagada*!

Sólo le parecí simpático una vez que, por circunstancias particulares, estaba yo en *ascuas*. Leyendo los periódicos, pasa por alto las noticias de la guerra. Porque como siempre le disgusta á uno que se rompan las cosas que más aprecia, á Lorenzo le da lástima saber



que los combatientes rompen en fuego.

Tiene horror al agua. Sus mayores enemigos son el Papa Kneip y el Ministro de Marina.

Si algún agua le gusta es el *agua... ardiente*. Y no abusa de ello por vicio, sino porque se le halaga cuando le dicen: «¡Buenas *chispas* coge usted!»

Tizón está fuertecillo, á Dios gracias, pues sólo padece *ardor* en el estómago y cuida muy bien de no mitigarlo con nada; pero el día en que le suelten una *fresca*, ó que sienta escalofríos, ó que le den una noticia de esas que á cualquiera dejan helado, sucumbirá de fijo. Y aunque sus buenas acciones le han conquistado un puesto en la gloria, ya verán ustedes como á última hora, dada su manía por todo lo ígneo, se sofoca y hace alguna diablura.

¿Que para qué? Pues precisamente para dar consigo en los infiernos.

Conque ya saben ustedes quién y cómo es Lorenzo Tizón, ó el hombre fogoso... ¡Ah! y no vayan ustedes á su casa; porque huele mal: á chamusquina, según unos; á cuerno quemado, según otros.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Ilustraciones de T. GASCÓN.



Acompañado de dos oficiales, abandonó el sabio doctor, con rostro poco satisfecho, aquel cuarto de Hospital, cómodo, espacioso, relativamente bien puesto y en el que campeaba la limpieza oliendo á yodoformo. Al salir cruzó el Galeno un afectuoso saludo con una monja de muy gentil aspecto que en aquel instante entraba para desempeñar su cometido, junto al enfermo.

Era éste, un hombre todavía joven. Su actitud supina y su mortal lividez diéranle el aspecto de un cadáver á no ser por los dos rosetones, que encendían sus pómulos acusando ese periodo álgido de la calentura en que la intranquila vida pugna dentro del organismo por salirse á borbotones...

A un extremo de la habitación y junto á japonés biombo, se veía á un joven asistente de rostro cetrino, de negro bozo y de claros y expresivos ojos, recogiendo de encima de un velador algunos de los utensilios que emplearse suelen para las operaciones quirúrgicas.

Sor Fortunata, la hermana que acababa de entrar de turno, se acercó al enfermo, miróle y no fué dueña de sofocar un ligero grito al reconocerle.

Presuroso acudió el asistente, temiendo que algún aciago incidente hubiese sobrevenido á su amo, pero Sor Fortunata, con superior dominio de sí misma, llevó, por toda respuesta un índice á sus labios, ordenándole con apacible mirada, á la vez que con imperativo gesto, que se retirase. El soldado, si bien obedeció yéndose á un ángulo de la sala, no perdía de vista al enfermo, como perro fiel que, husmeando el peligro que cerca á su amo, se apercibe á convertirse en dañino feroz contra los que intenten usurparle el sitio que le señala su fidelidad.

Largo instante contempló Sor Fortunata las facciones del paciente, llevándose ambas manos al corazón, cual temerosa de que se oyeran sus fuertes golpes. Por fin, cayó de rodillas, y pronto el siseo de su rezo se difundió por la estancia, en extraño indescriptible dúo, con la respiración fatigosa del enfermo.

—¡Agua! ¡agua!—balbuceó éste con apagada voz.

Y entonces la monja se incorporó sobre él. El enfermo la miró con atención profunda un momento.

—¡Sor Sofía! — pudo al fin articular con temblor inusitado.

—¡La mismal — profirió Sor Fortunata, esforzándose á su vez para dominar su emoción. — Pero, ¡sosiégate, hermano, por Dios!

—¡Diez años...!

—Sí, diez años,—le interrumpió Sofía,—diez años sin vernos, diez años que, alucinado en tu vida de calavera por el inusitado afán de correr mundo, abandonaste el hogar dejando en éste á tu madre y á esta hermana y olvidando la palabra de caballero que diste á aquella infeliz criatura que tanto te quiso...

—Sofía, tu suerte corrió parejas con la suya... tú también fuiste burlada, — objetó apuradamente el enfermo.

—No hablemos más de ello, — se apresuró á decir Sor Fortunata, poniéndose intensamente pálida... — ¡Ay, Román, cuánto he sufrido durante tu ausencia! ¡Qué crudísima prueba la de ver morir á mi madre! ¡Qué mortal congoja la de estrechar en mis necesitados brazos, sólo su cadáver frío!... Pero, perdóname, — observó Sofía, notando la agitación del enfermo. — Oyeme, — prosiguió cambiando de tono: — hace cinco años que en medio de mi orfandad, sin saber de ti y sin nada que en el mundo pudiese interesarme, entregada á largas meditaciones, creí escuchar clara y profunda como el eco del valle, la voz del Señor que me llamaba... y entré hermana de la Caridad.

—Ay, la Providencia así lo dispuso para que recogieras mi último aliento.

—¡Qué dices, Román, hermano querido!...

—La verdad, Sofía... de mi alma... voy á morir, ¡dame un beso!

Sin vacilación alguna, la monja pegó su breve y descolorida boca, primero á la frente y luego á las mejillas del moribundo, formulando repetidos besos.

Román sonreía...

A los pies de la cama, puesto de hinojos, un hombre lloraba desconsoladamente, al presenciar tan tierna escena y presintiendo el fin próximo de su señor: era el fiel asistente.

—¡Soy joven... ¿verdad? para morir! Treinta y seis años. ¡Ay! ¡ay! ¡maldita herida!... La vida es una cadena cuyos eslabones, á la corta ó la larga, fallan... A mi eslabón le ha llegado su hora. La fortuna me sonríe y la suerte ¡¡me burla!! ¡Ah, qué congoja!... Mi guerrera, trae!...

—Aquí está,—exclamó Sor Fortunata atendiendo solícita á las señas del enfermo:—El bolsillo, esta cartera, tómala.

—Contiene diez mil duros en valores: son para ti, — dijo Román.

—¡Para mí! querido hermano, mis bienes no pertenecen ya á esta vida... Para los pobrecitos ¿eh?

—Para ese, — ordenó el moribundo señalando al afligido soldado;—mi más fiel servidor.

El del rostro cetrino se puso color de tierra: se levantó y arrojó consecutivamente dos veces, cubriendo de besos la mano de su amo presa de luctuosa desesperación.

Mas, de improviso, al través de

sus lágrimas, quedóse suspenso mirando á éste con mezcla de ternura y gozo, oprimiendo subrepticamente contra su pecho la cartera legada.

—¡Estás contento!—murmuró su jefe observándole.

—¡Perdón, señor!—balbuceó el soldado todo confuso:—mas la moza por quien no duermo me juró ser mía si volvía rico al pueblo y... con este dinero voy...

—¡A ser feliz... y burlado!—susurró Román con risa sarcástica y convulsiva, y entrando en un delirio del que no volvió á salir y durante el que repetía:

—¡Burlado! ¡burlado! ¡burlado!...

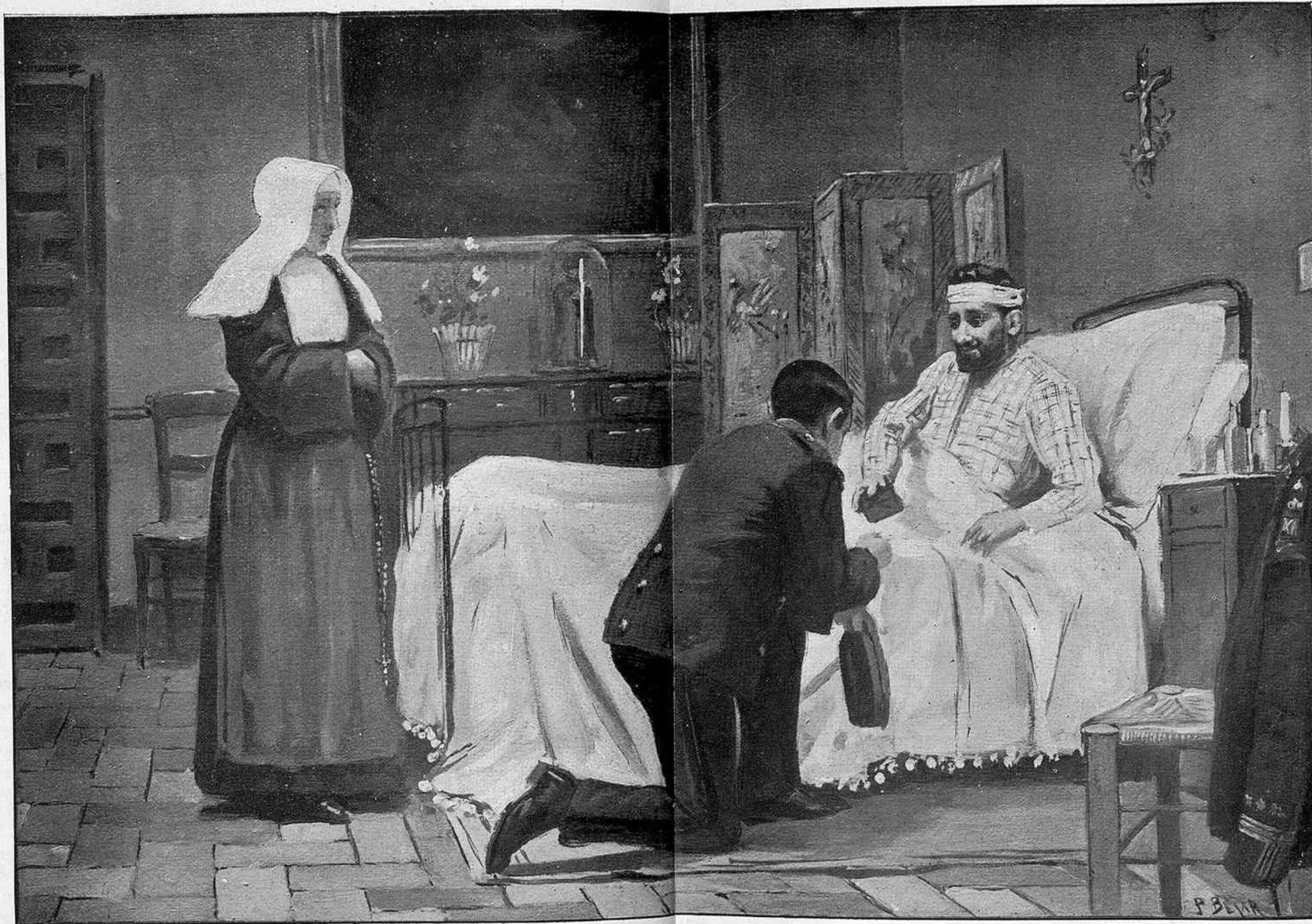


Ilustración de PABLO BÉJAR.

JOSEFA CODINA UMBERT

EL UNIVERSO

recopilado, compendiado, abarcado y expuesto en cuatro líneas menores,

Ó SEA

Método breve y simplicísimo para dibujar bastante mal, siquier con intención buenísima, seguido de un procedimiento de escritura más rápido aún que la taquigrafía.

(HAY PRIVILEGIO)

(Perdonen los lectores si lo que sirve para encabezar no es tan extenso cual ser debiera. Lo que no vaya en el título irá después, y váyase lo uno por lo otro.)

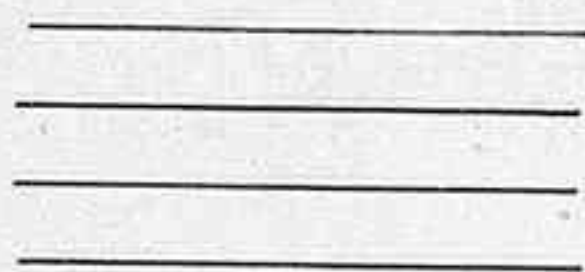
PROEMIO

EL método de *ilustración*, propiamente dicho, tal vez, de que voy á tener la alta honra de ocuparme, es muy elemental, aunque bastante imperfecto, y pudiera ser que hasta un poco deficiente. No obstante, es producto de grandes desvelos, de largas noches de estudio ¡ah, señores! que no así como así cuando las grandes ideas acuden á la imaginación de los hombres, las dan éstos cima. Hay que nutrirlas, desarrollarlas, robustecerlas, limarlas, pulirlas y engalanarlas, para presentarlas dignamente. Y el método de que os hablo, con rubor lo digo, premiando mis esfuerzos, ya está en disposición de que lo conozcáis y voy á presentároslo. Es un método al alcance de todos los pinceles, lápices, plumas de ave y de acero, trozos de yeso, etc. Ateniéndoos á él, mis respetables oyentes, podréis expresaros convenientemente, como he de demostrarlo, y allá voy.» (Tres salvas de aplausos. Olés, hurras y bravos.)

(Fragmento de un discurso del autor, improvisado al leer las cuartillas en que estaba escrito, ante varios amigos.)

CAPÍTULO I

BASE DE LA ENSEÑANZA



Eso; nada más que eso, lectores. Con esas cuatro líneas rectas, que pueden dar lugar á infinito número de figuras de diversísima índole, y hasta al texto de una carta, ó de un libro, ó de varios, el autor de este método se contenta y les contentará á ustedes.

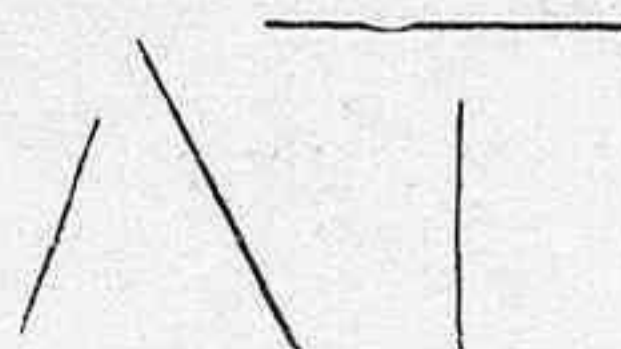
Ya se irá viendo eso por partes, poco á poco.

Basta con ellas para todo. De ellas, como de un aparato de un prestidigitador, puede salir cuanto se desee y algo más. Ese algo más será, lógicamente, lo que no se desee, por aquello de que, en ocasiones, puede temblar el pulso y cometerse errores ú horrores en la confección de las figuras, pues habrá momentos en que, lo mismo que en la escritura corriente se va la pluma y engaña lo que se ha escrito al grafólogo más experto, se distraiga quien á este método se ajuste, y pretendiendo dibujar, por ejemplo, un gladiador romano, dé á luz una chocolatera ó un perrillo chino, ó lo que Dios quiera. Ello, no obstante, por mal hecho que resulte, siempre será algo, porque eso de la fantasía es muy lato.

Nota interesante. — Esas cuatro líneas pueden ser iguales entre sí, ó desiguales, según convenga.



Primer caso.



Segundo caso.

¿Verdad que más claridad no cabe?

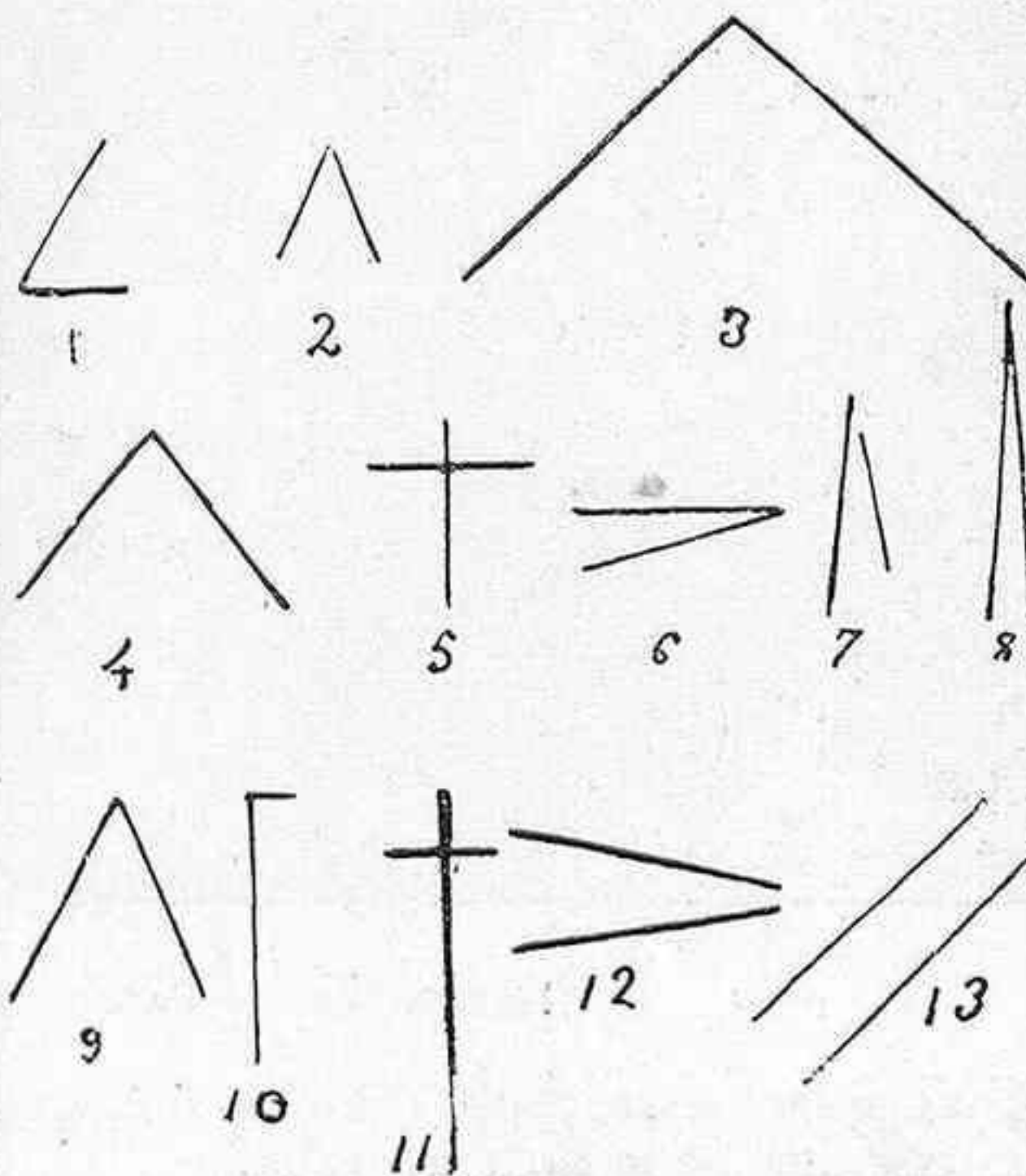
Como al buen entendedor con pocas líneas le bastan, entremos de lleno en materia, es decir, comencemos el aprendizaje.

CAPÍTULO II

ÁNGULOS Y MÁS ÁNGULOS

Comencemos por las figuras más sencillas. Todavía no disponemos de las cuatro rayas que han de constituir todo nuestro material de construcción. Por ahora, dispongamos tan sólo de dos.

¿Vamos á confeccionar múltiples objetos con ángulos muy gráficos? Nada más fácil. Ved aquí algunos:



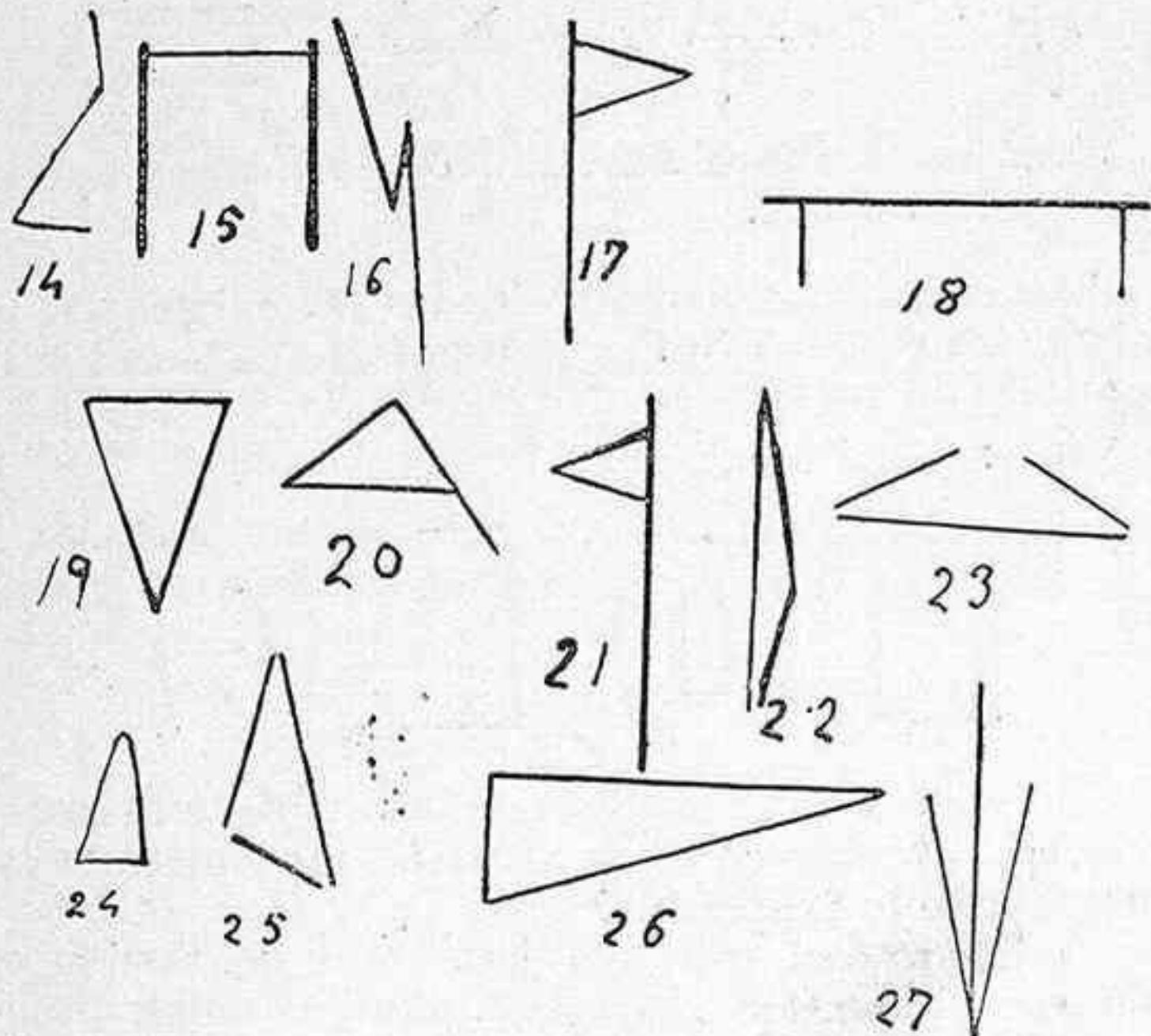
1. Nariz. — 2. Pico de estrella. — 3. Una de las pirámides de Egipto. — 4. Frente de una fachada. — 5. Símbolo religioso. — 6. Pinzas. — 7. Oreja de burro. — 8. ¡Cuernol! — 9. Tienda de campaña. — 10. Bastón de paseo. — 11. Espada de matador de toros. — 12. Bocina de fonógrafo. — 13. Banda de guarda campestre.

Y así sucesivamente.

CAPÍTULO III

OTRA RAYITA MÁS

Perfeccionados ya en el uso y hasta el abuso de dos líneas, tomemos otra más. Ya tenemos un triángulo á nuestra disposición. ¿Triangulicemos? Pues allá van esos triangulitos, que están hablando, y otros que no lo son, aunque sí grupitos de tres líneas, pero que también hablan, ó pueden hablar.



14 Trozo de faz de un caballero. — 15. Barra fija. — 16. Un rayo. — 17. Banderita topográfica para medir terrenos. — 18 Banco. — 19. Colador de café. Vuelto del revés, gorro de dormir. — 20. Cabecita de pajarilla de papel. — 21. Lanza del ejército europeo. — 22. Punta de lanza india. — 23. Tricornio, estribo moruno, hierro musical. — 24. Un helado (sorbete sin cacharro). — 25. Gorro de castellana antigua, sin cintas, ó de clown moderno. — 26. Escuadra de la nación que se quiera. — 27. Paraguas entre cerrado y abierto.

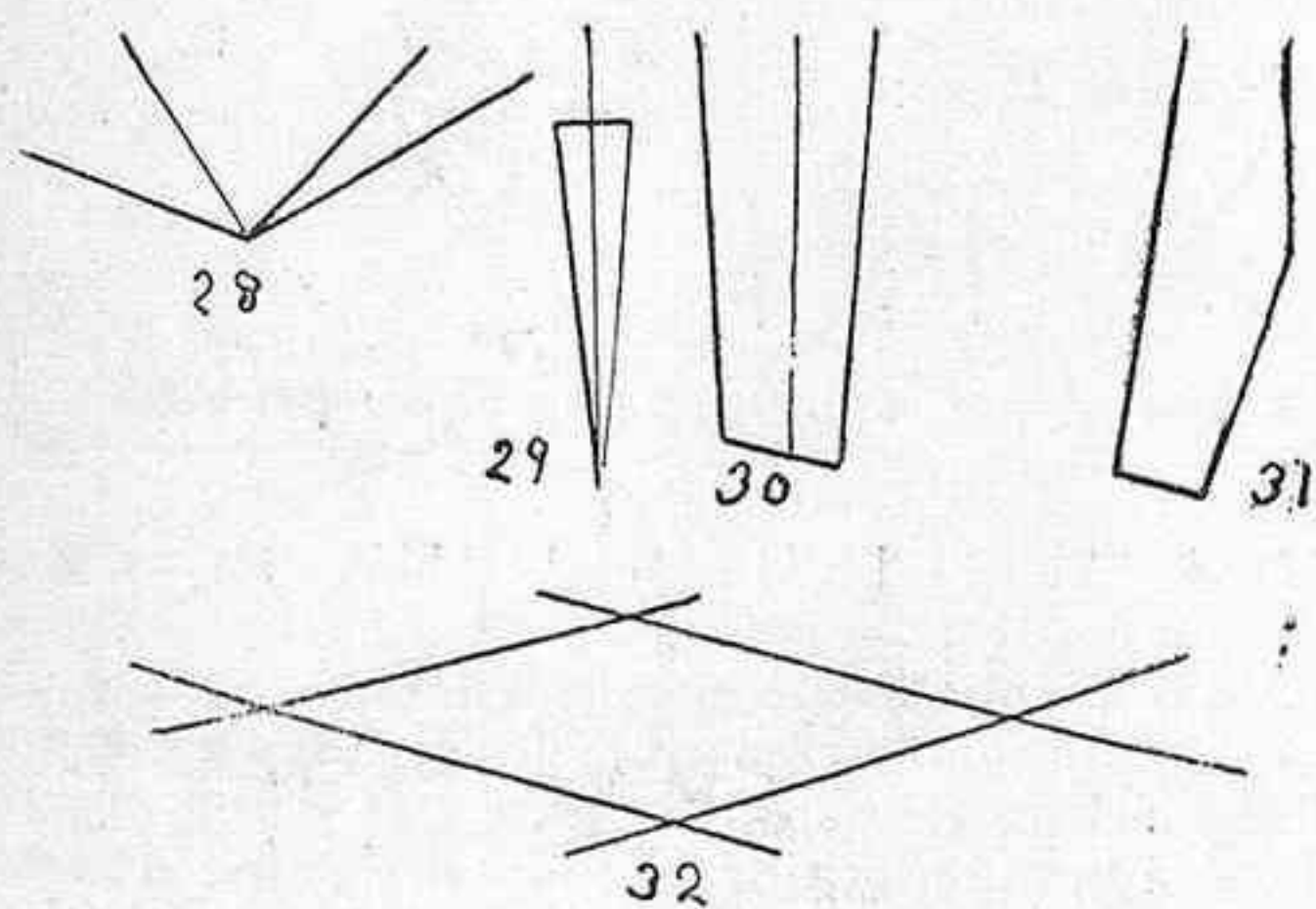
¿A qué seguir? Pasemos, con permiso, á posesionarnos de las cuatro líneas ofrecidas.

CAPÍTULO IV

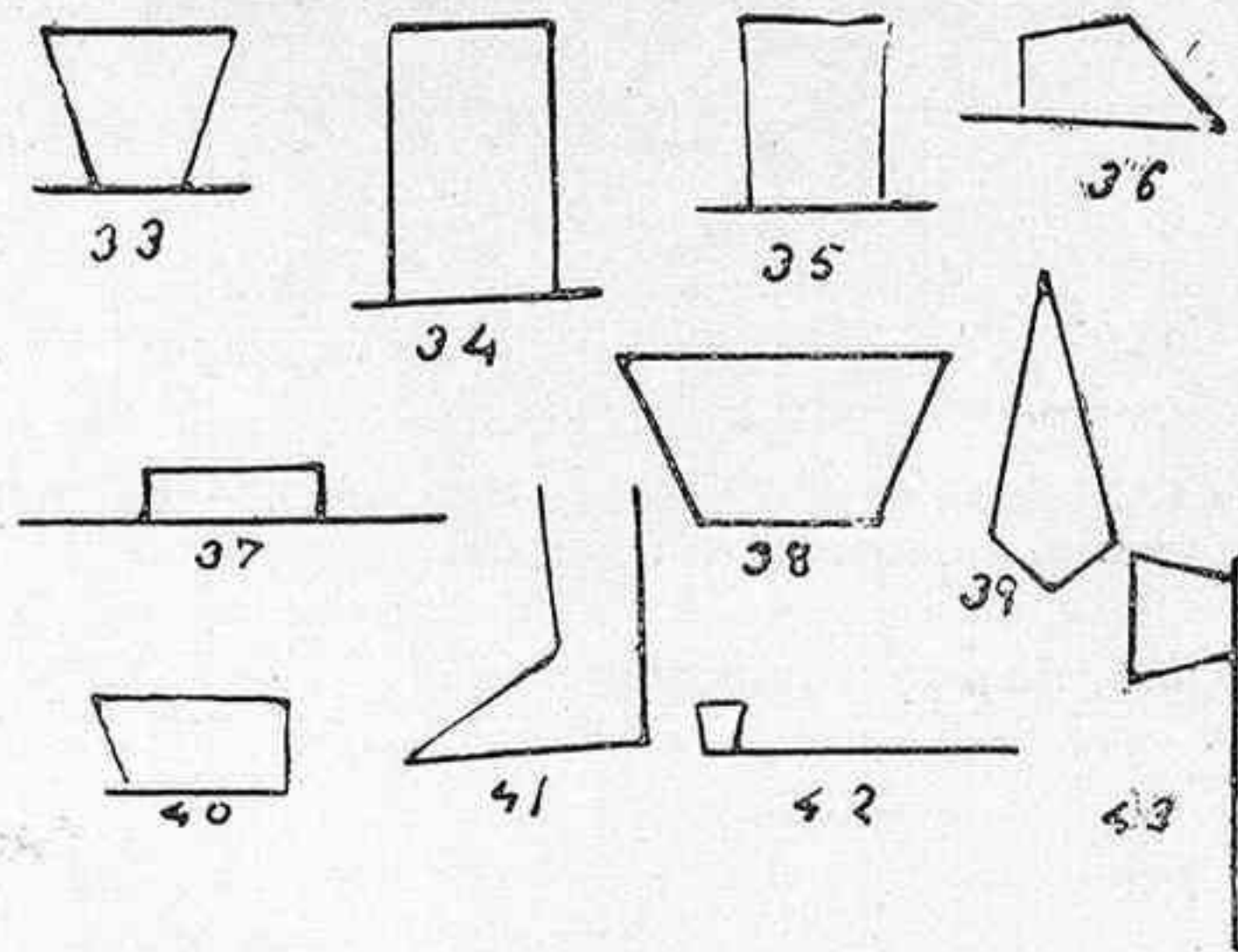
CUATRO RAYAS

Ahora sí que tenemos campo de acción. Ahora va á ser ella. Ya lo tenemos todo.

Ahí van objetos de indumentaria, bastante gráficos:

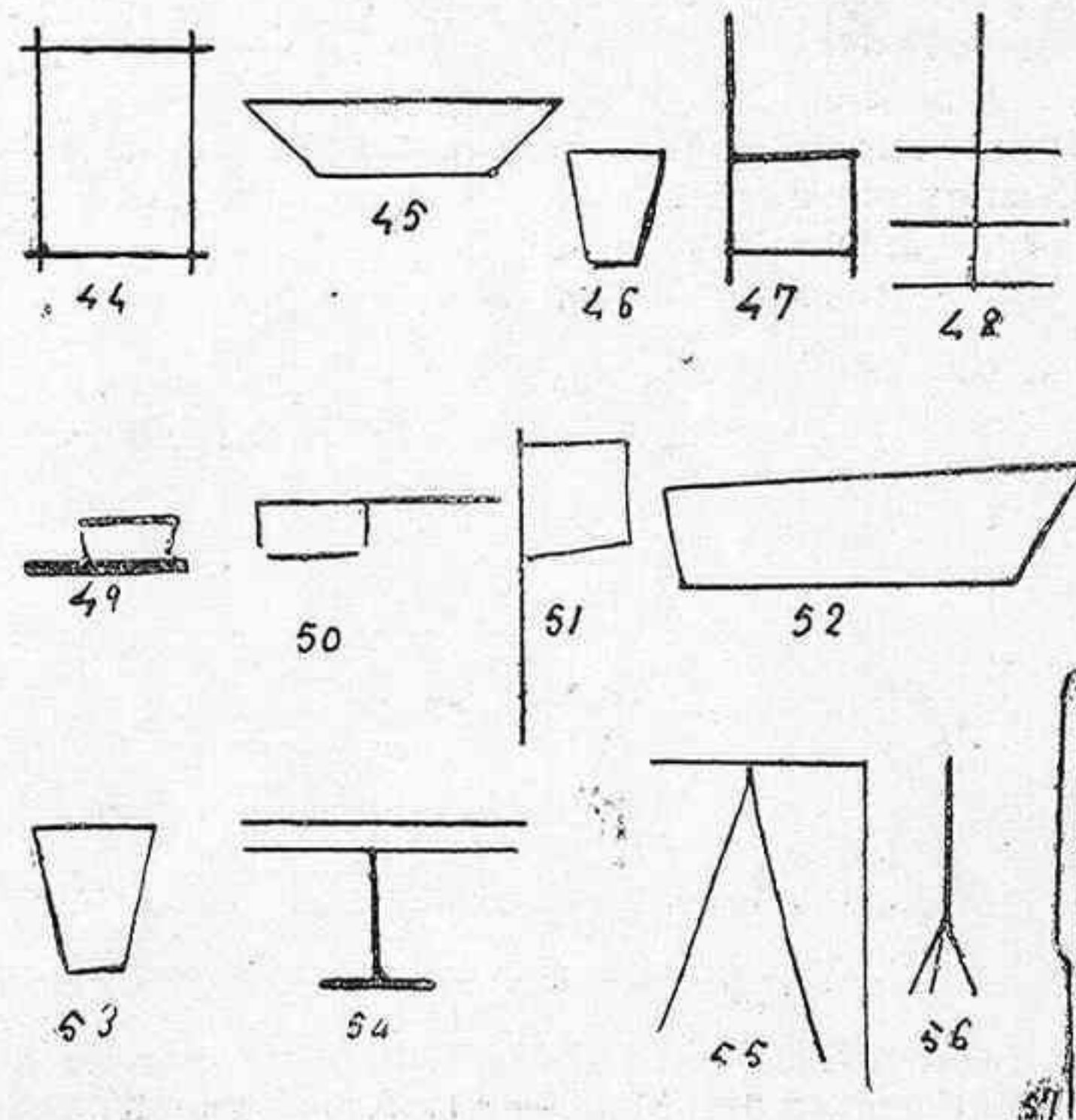


28. Abanico ó varillaje de paraguas ó sombrilla. — 29. Paraguas cerrado ó reja de arado. — 30. Final de unos pantalones nuevecitos. — 31. Manga de americana. — 32. (Baldosas de lujo de la habitación en que se guarde todo esto).



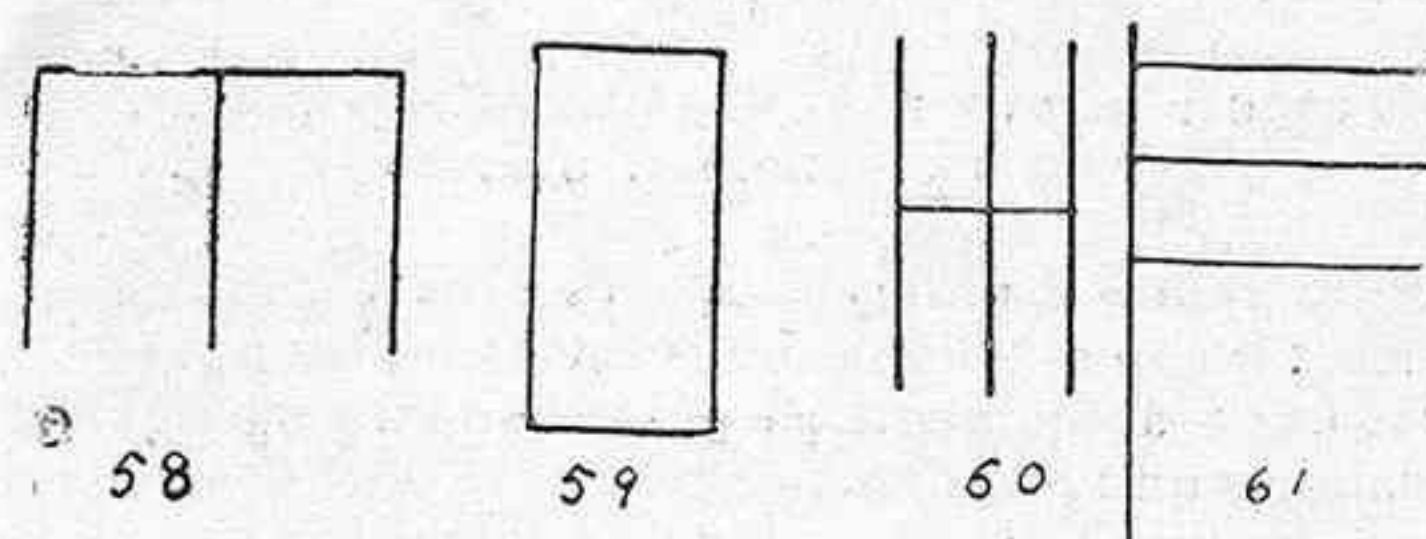
— 33. Sombrero de copa de nuestros abuelos. — 34. Idem. de nuestros padres. — 35. Idem nuestro. — 36. Teresiana. — 37. Sombrero cordobés. — 38. Sombrera para guardarlos. — 39 Pañuelo bien plegadito. — 40. Cuello de camisa para gomosos de ambos sexos. — 41. Bota de goma para días de lluvia. — 42. Pipa. — 43 Hacha.

Díctele de una señorita pobre, pero honesta y hacendosa:

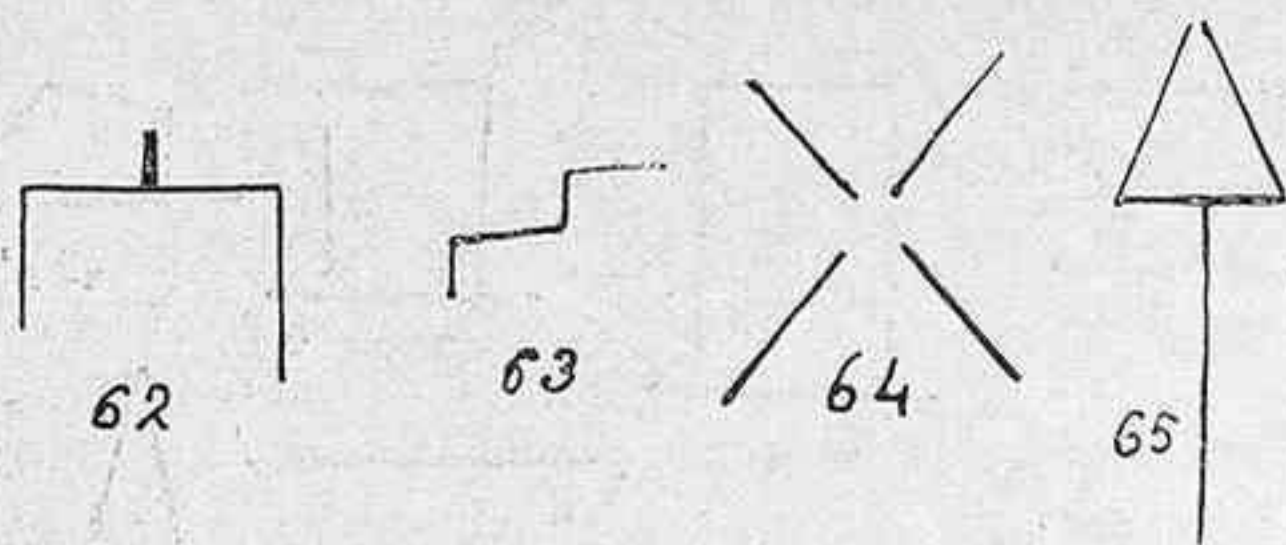


44. Lindo marco para un cuadro. — 45. — Barriño para la cocina. — 46. Vaso para agua. — 47. Una silla. — 48. Parrilla. — 49 Una plancha. — 50. Cacerola. — 51. Bandera para espantar á los mosquitos. — 52. Bannera. — 53. Tiesto. — 54. Mesa de comedor. — 55. Magníficos visillos. — 56. Plumero. — 57. Cuchilla para la cocina.

Ahora vayamos á cosas mayores.

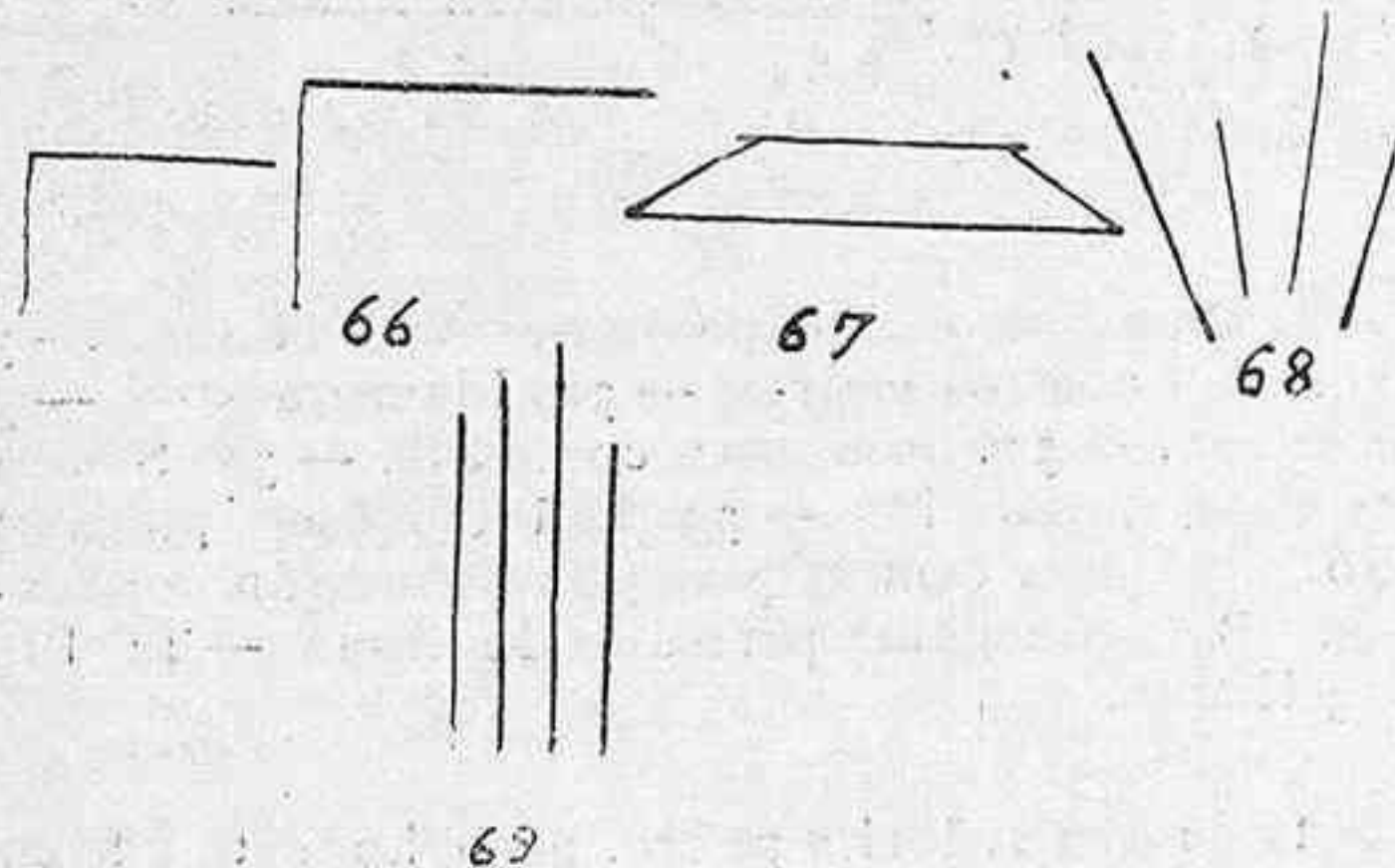


58. Libro abierto; en rústica. (Demasiado rústico. — 59. Ventana sin reja. — 60. Reja para ventana. — 61. Banderín con pabellones.



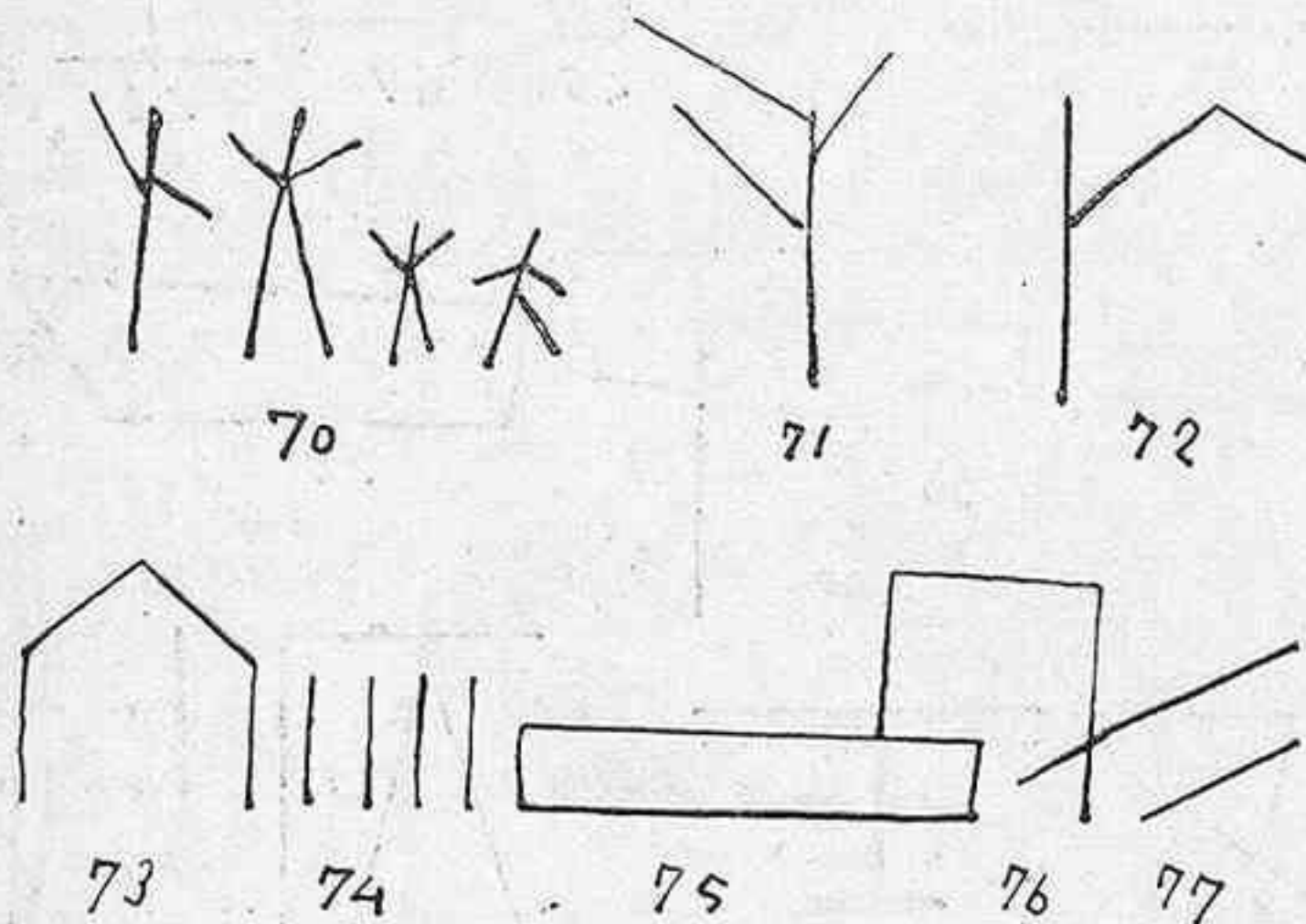
62. Boya sumergida. — 63. Escalones. — 64. Aspa de molino volteando. — 65. Pala.

Cosas de mayor importancia aún.



66. Parte de una fortificación. — 67. Techumbre de una pagoda. — 68. Salida de sol (ó entrada). — 69. Fragmento del cuadro de las lanzas de Velázquez.

Demos ahora á conocer una respetable familia y fiscalicemos sus bienes.



70. Matrimonio con dos hijos. El padre marca á los suyos el camino del bien. — 71. Arbol que ha dado su sombra á la familia. — 72. Entrada del puente por donde han pasado. — 73. Su casa. — 74. Empalizada. — 75. Tapia. — 76. Gran portalón de entrada. — 77. Vereda que conduce al domicilio.

Y así sucesivamente. ¿Para qué seguir? Disponiendo de cuatro líneas disponemos de casi todo cuanto hay en el universo, pues casi todo podemos figurarlo.

APÉNDICE

PROCEDIMIENTO PARA ESCRIBIR RÁPIDAMENTE Y DE UN MODO MUY GRÁFICO

Ahora vamos á emprenderla con los signos matemáticos; luego relacionaremos éstos con las figuras.

Podemos rápidamente hacer infinito número de combinaciones que nos den por resultado millones y trillones y quinquillones, etc., multiplicando, claro está, unas por otras las cantidades que hayamos logrado formar, si queremos ahorrarnos tiempo. Esta parte pudiéramos intitularla: *El arte de hacerse rico en*

poco rato. Y si no les halaga á ustedes el titulejo, otra cosa.

Todas las cantidades apetecibles pueden señalarse empleando una, dos, tres y á lo sumo las cuatro líneas de que disponemos.

Demostración:

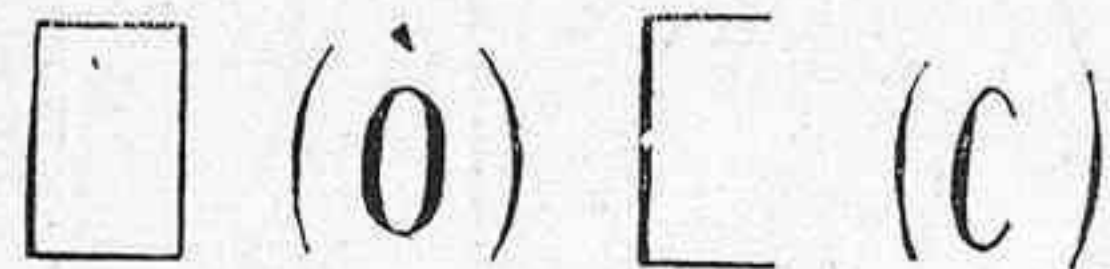
I V L M (De ahí saldría toda la numeración romana.



Y con estos signos matemáticos podríamos operar con las cantidades.

¿Letras quieren ustedes? Todas las existentes, lo mismo las rectas A N T, que las otras, pues son susceptibles de cuadrarse.

Véase:



Con todo lo anunciado y con cuanto de ello se derive, que es tanto como se necesite, ¿no podremos expresar todo lo expresable?

¿Quién negará que nos habremos convertido en hábiles dibujantes? ¿Para qué, pues, estudiar dibujo en academias? Basta aprender las sencillísimas nociones expuestas. Con ello hasta podremos escribir mucho más rápidamente que lo que lo hacíamos y aun que usando máquinas.

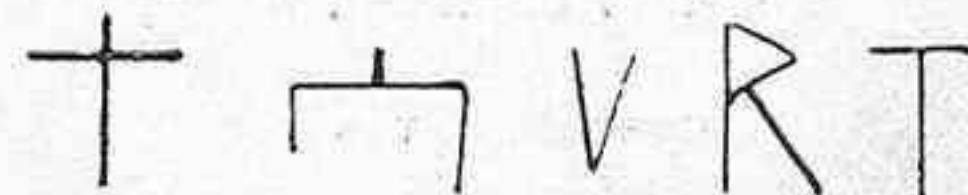
Demostramos lo dicho, que aquí no hay trampa.

Escribimos á un amigo, aconsejándole:



Traducción: *Hombre, cástate á escape.*

A una señorita á quien amamos:



Traducción: *Cruz, ¿voy á verte?*

Sabido es que en la escritura geroglífica no se respeta la ortografía.

Allá va una frase:



(Por más y por menos). Ahora un problema resuelto.

I I I II I I III I I IIII. Rayas que, además de poder ser los troncos de los árboles de una carretera ó los postes de una línea telegráfica ó una serie de palotes ó una compañía de soldados alineados, dicen esto: Uno y uno dos, y uno tres y uno cuatro.

¡Oh, qué grande ha sido la idea del autor de esto! Bien podremos considerarle en lo sucesivo como uno de nuestros primeros intelectuales. Lástima grande que no sepa escribir, motivo por el que, á instancia suya, ha de firmar estas cuartillas,

JULIO VICTOR TOMEY



1.—El buen Ali-Majá, al ir á emprender su largo viaje, ensalza una ferviente oración.



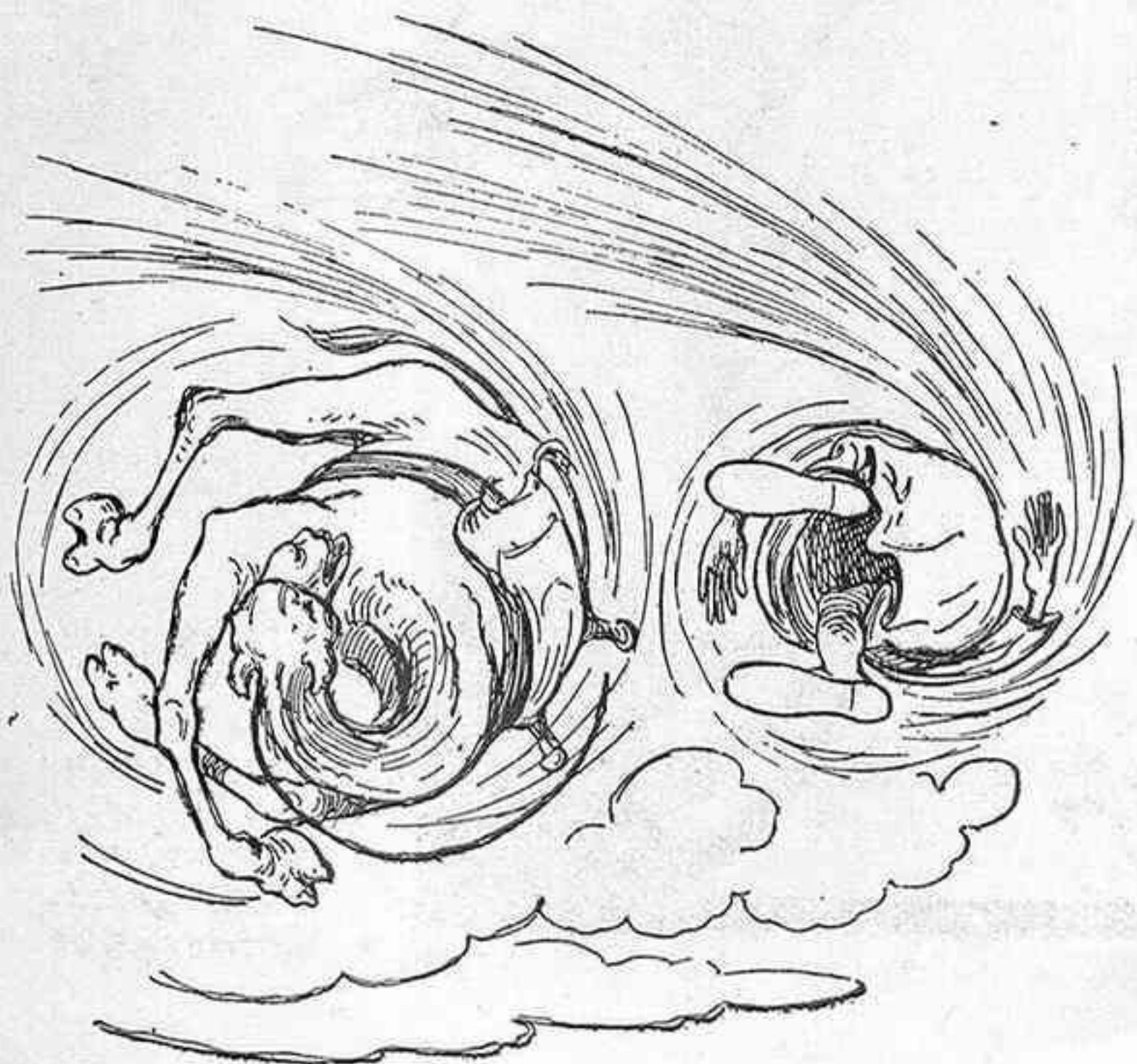
2.— Y confiado en que Mahoma nunca desatendió sus ruegos...



3.— Se lanza al través de las arenas del desierto



4.— Mas de pronto, es sorprendido por el simoum,



5.— y arrebatado por el torbellino,

Fot.-Tip.-Lit. del «Album Salón».



6.—yendo á parar á corta distancia de la ciudad á donde iba.
(Luego dirán que Mahoma, no tiene fino el oído).

